

CAPITULO V.

Porfirio se retira del Seminario.

A los diez y nueve años de edad Porfirio Díaz terminó sus estudios en el Seminario Pontifical de la Santa Cruz en Oaxaca. Sus años de estudio en ese colegio habían sido una lucha constante contra la pobreza; pero con la determinación y constancia que siempre lo han caracterizado, luchó contra todas las dificultades y desventajas que continuamente se le presentaron. Es muy probable que, por este tiempo, no había pensado aún seriamente acerca de su futura carrera. Pero una vez que hubo terminado sus cursos en el colegio, su actitud cambió repentinamente. Ahora se encontraba frente á frente con el problema que se presenta á todos los jóvenes animados de noble ambición en esa época de la vida. Pero en su caso el problema tenía sus complicaciones. Durante el tiempo que siguió sus estudios en el colegio, había gozado de la protección y consejos de su padrino, el Obispo de Oaxaca, don José Agustín Domínguez, persona poderosa y de mucha influencia en todo el sur de México. Este prelado había ya fijado su atención en el joven estudiante del Seminario de la Santa Cruz, y había comprendido que era uno de los candidatos de más promesa para la carrera eclesiástica; por lo cual tenía determinado hacerlo sacerdote. Doña Petrona apoyaba esta resolución, pues ella, como la mayor parte de las damas católicas que se distinguían por su virtud y devoción, tenía grandes deseos de que su hijo se dedicara á la Iglesia, siendo en esos tiempos la carrera eclesiástica la que procuraba más distinción en el Estado de Oaxaca. En vista de estos proyectos, el obispo tuvo una íntima entrevista con el estudiante, en la cual le hizo ver todas las ventajas que proporcionaba el sacerdocio. Ventajas que realmente no eran pocas, especialmente para un joven que



INSTITUTO CIENTÍFICO, OAXACA.

no tenía ni amigos, ni dinero, ni tierras, ni posición social. Un joven de su talento, de su determinación y sobre todo de su ambición, podía esperar elevarse á las más altas dignidades de la Iglesia en su Estado natal. No era tampoco de despreciarse la valiosa amistad del poderoso obispo de Oaxaca. Además de todo esto, doña Petrona ejercía decididamente su influencia porque su hijo mayor siguiera esa carrera. El decidirse por el sacerdocio significaba para él el término de sus luchas contra la pobreza y un auxilio modesto para su madre y la familia. Pocos jóvenes se han visto colocados en una situación más difícil. Tanto para él como para su familia la amistad y ayuda del obispo eran de gran significación. Lo que se le proponía era ciertamente el único camino visible para obtener instrucción superior y buena posición. Era el lado brillante del escudo de la batalla por la vida, donde estaban representados los sueños dorados para el porvenir; era el "sésamo, ábrete" de las lizas donde los campeones luchaban por obtener el primer lugar y alcanzar con él honores y renombre. Todo esto debe haber influenciado á nuestro joven, que ansiaba con noble ambición distinguirse entre los hombres. Mas cuando contempló el reverso del escudo, estas ventajas deben de haberle parecido aún más inapreciables. Pobreza, privaciones, falta de posición social, la pérdida de la amistad del poderoso obispo, la situación desamparada de la familia y muchos años más de la penosa lucha por la que acababa de pasar; en fin, no más sueños dorados. El contraste de estos dos cuadros era suficientemente notable para hacer que aún un joven de la ambición y confianza en sí mismo de Porfirio Díaz, dudara antes de hacer á un lado la amistad del obispo, con todo lo que ella significaba para su porvenir. Y ciertamente dudó. Lo que esos días de indecisión, de lucha contra lo que parecía el destino evidente para el joven graduado, significaron, nunca lo sabremos: pues Porfirio Díaz no ha sido hombre que le haya gustado relatar ni vanagloriarse

públicamente de sus propias luchas, ni de los esfuerzos tan fructíferos de su inteligencia.

Pero el hado del destino cuidaba del porvenir del joven, que más tarde había de ser llamado para conducir á su pueblo fuera de la tierra de esclavitud; y lazos de familia, ventajas personales y la influencia todo poderosa de la Iglesia nada valió, cuando él resolvió seguir un camino para el cual, sin que él mismo lo comprendiera, se había ya preparado.

Cediendo á la presión que habían ejercido sobre él, Porfirio Díaz comenzó sus estudios de teología. Había estudiado la situación y le pareció que era el único camino que tenía abierto. Los ruegos de su familia y su gratitud hacia el obispo, en fin, todo lo que le rodeaba, lo impulsaban á seguir esa senda. Durante toda su vida, nunca ha sido hombre que esquive sus obligaciones, y cuando creyó que lo guiaba su deber, inició sus faenas como lo tenía de costumbre, con la determinación de llegar al éxito. Daba lecciones de latín para ayudar á pagar sus gastos y los de la familia y ayudaba también de otros modos á aumentar los recursos de las personas que dependían de él. Estaba ya pues casi establecido en la senda que para proporcionarse una vida respetable, los suyos le habían trazado, cuando tuvo lugar un acontecimiento que decidió para siempre del porvenir de nuestro joven, destinado á ser más tarde el gobernante más notable de su pueblo.

Era característico de Porfirio Díaz el no dejar al tiempo la iniciación de una empresa, una vez se había resuelto á llevarla á cabo. Así es que, habiéndose decidido á seguir la carrera del sacerdocio, comenzó desde luego al estudio de la teología, recién terminados sus exámenes en el Seminario el año de 1849, sin siquiera esperar que terminaran las vacaciones, ni ser formalmente registrado como estudiante de teología. Distribuyó su tiempo entre sus estudios y sus clases particulares de latín. Entre sus discípulos en estas últimas estaba el hijo de Marcos Pérez, profesor de leyes en la Escuela de Derecho, que formaba

parte del Instituto de Artes y Ciencias de la ciudad de Oaxaca.

Este instituto representaba la educación moderna, como la llamaban los liberales, para distinguirla de la educación que se había dado desde los primeros tiempos de la conquista por las varias escuelas de la Iglesia Católica y las escuelas privadas que existieron en los años anteriores á la época de las leyes de la Reforma; escuelas que estaban todas bajo el dominio de la Iglesia y que por consiguiente seguían los mismos métodos y enseñaban las mismas materias. La Iglesia continuaba aferrada á los métodos antiguos, mientras que el Instituto era el foco de las ideas liberales, y como es natural, existía una rivalidad algo enconada entre el Instituto y el Seminario.

Con frecuencia Porfirio Díaz se encontraba en compañía de Marcos Pérez, pues las clases de latín las daba en la casa de este último, y Pérez se sintió desde un principio atraído por el carácter franco y abierto y la inteligencia del joven, con quien frecuentemente entablaba conversación. Estas conversaciones generalmente versaban sobre las cuestiones palpitantes del día. Pérez, que era zapoteca de pura raza, y según lo indicaba su posición, ardiente liberal, como todos los hombres de sus convicciones, especialmente en aquellos días, peroraba constantemente en defensa de los principios políticos que profesaba. No es por consiguiente de extrañar, que sus conversaciones con un joven tan inteligente como Porfirio, pronto dieran su fruto al despertar en su mente ideas activas que muy mal se encajaban con la carrera eclesiástica que estaba por iniciar. Pérez trató de persuadir á Porfirio de que abandonara sus estudios teológicos y que entrara al Instituto como estudiante de derecho. La propuesta era bastante atractiva para el ambicioso joven, tanto más, cuanto que las ideas liberales de Pérez le simpatizaban y habían comenzado ya su trabajo evolutivo en las hasta entonces dormidas facultades del joven estudiante de teología. Pero con la tenacidad característica que

siempre ha señalado todas las acciones de su vida, de pronto persistió en seguir la carrera que había principiado. No cabía la menor duda que la decisión de abandonar estos estudios tendría que venir tarde que temprano, pues la mente de Porfirio Díaz estaba constituida de tal modo, que una vez le impresionaba favorablemente algún asunto, no lo abandonaba sino hasta haberlo resuelto á su satisfacción. Una vez la semilla de ideas liberales había germinado en su mente, tendría que continuar su actividad y desarrollo hasta que hubiera cumplido su destino. Por ese entonces, tuvo lugar un acontecimiento que imprimió fuerte actividad á todas las ideas y principios liberales que el joven estudiante del Seminario había estado asimilando en la casa de Marcos Pérez.

Los exámenes de fin de año habían ya terminado, tanto en el Seminario como en el Instituto, y éste último iba á clausurar el año escolar con la distribución de premios y recompensas. Como era muy natural, Marcos Pérez invitó á Porfirio Díaz á que lo acompañara á este certamen, y como aquel, en su calidad de profesor de derecho estaba á la cabeza de uno de los departamentos más importantes del Instituto, Porfirio Díaz tuvo la oportunidad de ponerse en contacto y hombrarse con lo más eminente de la concurrencia. Como huésped del profesor, fué presentado á los personajes más notables que tomaron parte en los ejercicios del día, y entre otros á Benito Juárez, el gran jefe del partido liberal, que en ese tiempo era Gobernador de Oaxaca y como tal, correspondióle presidir la reunión y distribuir los premios y recompensas á los estudiantes distinguidos.

La presencia de Juárez, la conducta franca y abierta de los profesores y estudiantes, la atmósfera del Instituto, el liberalismo que sentía en el mismo aire que respiraba, todo lo cual contrastaba tan notablemente con la falta de libertad y maneras cohibidas del Seminario, le impresionó vivamente. La semilla que Marcos Pérez había sembrado en su inteligencia repentinamente comenzó á brotar con gran

vigor. El joven sentía una atracción irresistible hacia la vida que en esos momentos lo rodeaba. Y aunque él entonces no se daba cuenta de ello, todo no era fruto sino de la atmósfera en que había nacido y por razón de su natural independencia de ideas, su carácter fuerte y resuelto, su simpatía hacia el pueblo y su amor á las colinas, á las grandes montañas y al aire libre; característicos que continuarían desarrollándose á través de su vida larga y activa, y que le producirían ese ardiente deseo que siempre ha manifestado por el progreso de su país natal, y su patriotismo, que ha hecho de él un trabajador incansable en pro del adelanto y mejoramiento de las condiciones sociales de las clases media y baja, que encontró humilladas, ultrajadas y prácticamente esclavizadas, y que ha procurado levantar de ese triste estado protegiéndolas y animándolas en su marcha hacia el progreso. Ese día de reunión en el Instituto fué para él, el día en que se abrieron las puertas que lo conducirían á una vida enteramente nueva. Había sido presentado al gran Juárez, había estrechado su mano y escuchado las inspiradas palabras que brotaban de sus labios, y había caído bajo el hechizo de su admirable influencia, como á muchos les había pasado antes y á otros les pasaría después; y el joven al salir del Instituto, no era ya el mismo que había entrado dos horas antes. Sentía que el cielo incoloro de su vida había sido teñido con matices rosados de esperanzas y aspiraciones futuras. La pasión por el liberalismo se había apoderado de él, pasión que ha tenido desde entonces, durante más de sesenta años de su vida. Cuando regresó á su casa sentía que se le saltaba el cerebro. La vida nueva que acababa de ver á través de nubes rosadas lo entusiasmaba; la vida vieja, en medio de la cual había pasado 19 años de su existencia, refrenaba sus impulsos. Los lazos de la familia, sus asociaciones del Seminario, la amistad del obispo, su misma pobreza y el halago que le ofrecía la Iglesia de un porvenir inmediato; todo ésto se combinaba para contener sus deseos. Pero las ense-

ñanzas de Marcos Pérez le sonaban continuamente en los oídos, las palabras del gran liberal Juárez lo atraían y la vida libre del Instituto y de sus estudiantes, lo llamaban también con sus múltiples manos. Esa noche tuvo lugar en la mente del joven la lucha más terrible de su vida, lucha que, aunque entonces lo ignoraba, era una batalla que significaba para su país infinitamente más que lo que significaba para él mismo. Pues Porfirio Díaz con su resolución, su espíritu poderoso, su ambición, su habilidad para manejar sus ideas y llevarlas á la práctica en los momentos de gran emergencia, hubiera llegado á los más altos puestos cualquiera que hubiera sido su carrera en el mundo. Enteramente solo, luchó Porfirio Díaz en su primer gran batalla de la vida; y la ganó, como ganó después grandes combates en las situaciones más desesperadas. Sin embargo, de todas las batallas en que ha sido victorioso, sobre ninguna han dependido tan grandes consecuencias, como sobre esta primera en que luchó solo y en el silencio de su cuarto, aquella noche de la distribución de premios en el Instituto al finalizar el año de 1849.

Pero si bien la batalla se podía dar por ganada, no había aún terminado, pues cuando informó á su madre de la resolución que había tomado de abandonar el Seminario y los estudios para el sacerdocio, fué recibido con una tormenta de protestas, como era de esperarse de una madre amante y ansiosa por el porvenir sus hijos. Le hizo notar que estaba deliberadamente haciendo á un lado su porvenir, y sobre todo la amistad del obispo y de los poderosos partidarios de la Iglesia en su Estado natal, quienes habían sido siempre amigos de la familia Díaz.

Como es natural, el obispo tuvo también algo que decir. Reiteró una y otra vez las ventajas que el joven deliberadamente perdía, y lo amenazó con retirarle su auxilio y su amistad si persistía en abandonar la carrera eclesiástica y entraba en el Instituto, el cual miraba, y con razón, como enteramente antagónico á

todo lo que se enseñaba en el Seminario, y á todas las ambiciones de la Iglesia y á sus múltiples intereses.

La cólera del obispo no afectó tanto á Porfirio como el evidente pesar que su decisión causó á su madre y las abundantes lágrimas que ella derramó con ocasión de la tormentosa entrevista. Estas lágrimas hicieron más para debilitar su resolución, que todos los otros factores combinados en trabajar contra su idea de cambiar su derrotero en la vida. Por de pronto, prometió á su madre, que aunque su mente lo impulsaba á dejar el Seminario, á abandonar la carrera eclesiástica y á entrar al Instituto como estudiante de derecho, sin embargo, no haría nada que pudiera desagradarla ó lastimar sus sentimientos, y que si ella persistía, continuaría él, como hasta entonces, en el Seminario. Doña Petrona, sea dicho para su merecida alabanza, inmediatamente decidió permitir á su hijo que siguiera el camino que aparentemente buscaba con tanto ardor: y tomó esta determinación con voluntad fuerte. Por ese tiempo acababa de recibir una pequeña cantidad de dinero, último pago de la venta de una pequeña propiedad, venta que había hecho algún tiempo antes, é insistió en que el joven tomara ese dinero para proveerse de los libros de texto de su primer año en la Escuela de Derecho del Instituto. Cuando Porfirio, al principio, rehusaba este ofrecimiento, ella le dijo: "Tómalo, es lo único que queda de lo que te dejó tu padre."

Este dinero, en realidad, le era indispensable para comprar sus libros, pues el obispo, al saber la decisión de Porfirio, retiróle toda su protección y auxilios, trató al joven desde entonces como á un desconocido y le pidió le devolviera los libros de texto que le había prestado para continuar sus estudios en el Seminario. Esto era muy natural, pues en esos días no había, ni en el Estado de Oaxaca ni en ninguna otra parte de México, espíritu alguno de tolerancia; así es, que cuando Porfirio Díaz se separó del partido de la Iglesia, y se identificó, aunque simplemente, en calidad de estudiante, con los liberales, perdió com-



PALMERAS DE COCO, ESTADO DE OAXACA.

pletamente la simpatía de todos aquellos que anteriormente estaban dispuestos á prestarle ayuda y protección. Pero se encontró con buenos amigos en el Instituto; y sobre todo, allí sus ideas liberales se desarrollaron y comenzó á ver la vida como realmente era en México. Los estudios que había hecho previamente en el Seminario le sirvieron de mucho; pues como había estudiado detenidamente las miras del partido de la Iglesia, estaba en muy buenas condiciones para poder comparar las aspiraciones de uno y otro partido. La doble educación que obtuvo en estas dos escuelas, le ha servido mucho desde entonces y le ha dado tal penetración acerca de los sentimientos que gobiernan los dos partidos políticos militantes de México, como pocos hombres, si alguno, han poseído. Este conocimiento profundo de las condiciones políticas, sociológicas y religiosas de México, lo han hecho más liberal que Juárez, que estaba cohibido, hasta cierto grado, por estrechez de ideas, lo que debe atribuírse principalmente á su ascendencia zapoteca y á aquel sentimiento innato del indio que siempre lo impele hacia un partido ó creencias con tal intensidad y tenacidad, que destruyen la rectitud en el juicio acerca de las aspiraciones y honradez del partido de oposición. Juárez pudo rodearse y se rodeó de sus correligionarios; pero nunca le fué posible aplacar á sus opositores, ni fué suficientemente liberal para procurar atraérselos. Tenía doce años cuando comenzó á aprender el castellano y á hacer conocimiento de los sutiles dogmas de la Iglesia. El indio es siempre más politeísta que deísta. Y Juárez conservó hasta el final mucho del carácter del indio en sus manifestaciones. Cuando se separó del partido de la Iglesia no quiso ya nada de ella; lo dominó la fuerte tendencia de su raza; y mientras que nominalmente se creía católico, los lazos que lo unían á la Iglesia no le impidieron darle tan duro como pudo en la lucha que siguió entre liberales y conservadores. Juárez, el indio zapoteca, con su perseverancia testaruda y las tendencias politeístas de su raza, que lo ligaban á la

Iglesia solamente por lazos doctrinales, estaba mejor preparado para entablar la lucha por la reforma que cualquier otro hombre de raza española lo hubiera estado; pues como el indio, que cambia su santo patrono cuando se traslada de una villa á otra, como sus antecesores cambiaban con frecuencia sus dioses familiares y adoptaban de tarde en cuando las divinidades de los pueblos que conquistaban, Juárez se sacudió las enseñanzas acerca de la infalibilidad de la Iglesia, cuando se colocó el manto del partido liberal. Sin embargo, á su modo, siempre fué profundamente religioso; y habla en el tono exaltado del profeta de antaño, en su manifiesto justificando la ejecución de Maximiliano, aunque él mismo, Juárez, se mantenía peleando como la batalla de su vida, la batalla de su pueblo contra el partido de la Iglesia como firmemente lo creía. Las palabras con que principia su manifiesto son:

“Caiga el pueblo mexicano de rodillas, ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con el triunfo.

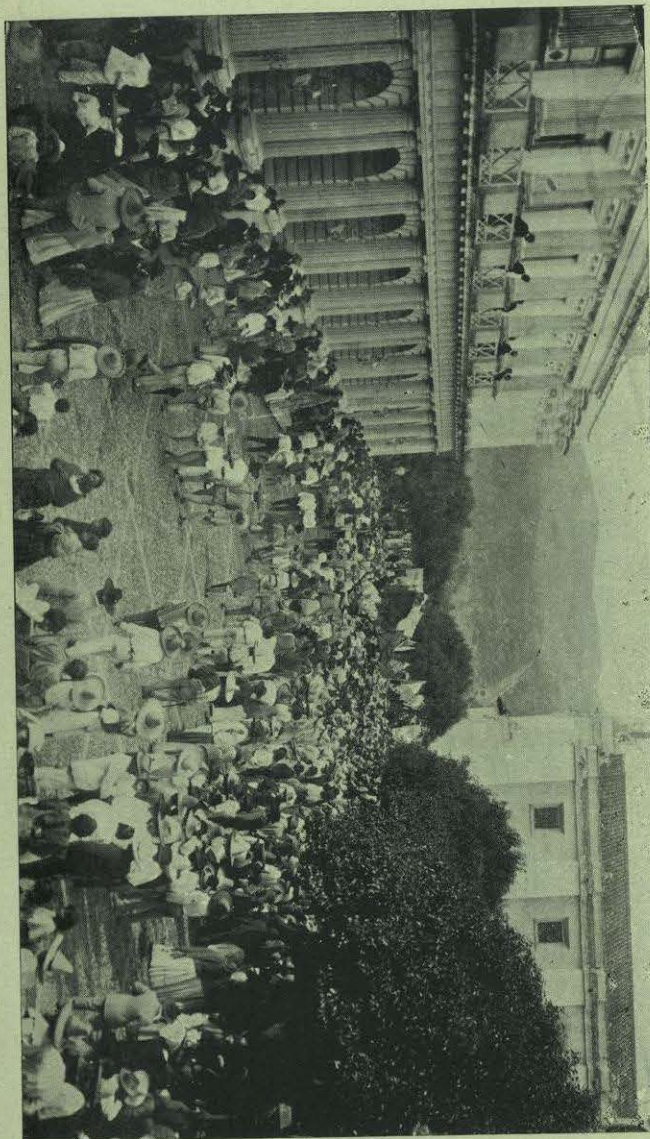
“Gracias á Su Divina voluntad nos ha sido concedido recuperar el tesoro inestimable de nuestra independencia.

“Ha afligido al extranjero que nos oprimía y ultrajaba lleno de soberbia.

“Ha afirmado en su santo lugar á este su pueblo.

“Porque Aquél mismo que tiene en los cielos su morada, es el visitador de nuestra patria, que hiere y mata á los que vienen de intento á hacernos mal.

“El sólo excelente, el sólo justo y todopoderoso y tierno, es el que ha dispersado las naciones que, como buitres, cayeron sobre México, el que permitió después, que nuestras virtudes, apagadas con las lavas del volcán de nuestras discordias intestinas, reapareciesen en el crisol de reveses espantosos, para purificar nuestros hogares, para hacernos más dignos de sus premios y coronas y para que sepan los monarcas que el mismo que libró á Israel de todo mal,



DÍA DE FIESTA EN MÉXICO.

es el Dios que santifica y guarda la porción de Anáhuac.”

Así es como habla el Indio Zapoteca. Es el espíritu del dios de la guerra de sus antecesores. Ha arrojado á los vientos las doctrinas de la Iglesia Cristiana. Es el mismo indio que ofreció sacrificios humanos ante el altar de Huitzilopochtli, bajo cualquier nombre que haya sido conocido en toda la tierra mexicana. A Juárez lo impresionaba el Antiguo Testamento con toda la fe heroica y ciega de un pueblo escogido, y lo impresionaba como la voz de sus antecesores zapotecas que le hablaban de las grandezas sepultadas del pasado. En los momentos de grandes pruebas, siempre su temperamento indio dominaba, y nunca le impresionó la virtud cristiana del perdón. En esto consistía su grandeza, pues lo hizo el azote del partido de la Iglesia. Era el hombre llamado á hacer el trabajo que la época puso en sus manos. Pero como le sucedió al gran campeón y sabio hebreo, no le fué concedido construir el hermoso templo que había proyectado; pues su educación, sus característicos de raza y su extremismo, lo incapacitaban para la tarea, la que fué encargada por la Divina Providencia, que él tanto veneraba, en manos de otro hombre. Y ese hombre fué Porfirio Díaz, cuyos estudios, asociaciones y educación de familia, y sobre todo sus característicos de raza, habían templado su vida haciéndolo capaz de mantener el equilibrio de los partidos y credos, para hacer surgir orden del caos y acercar á su estandarte á aquellos que ni Juárez ni Lerdo pudieron atraer, y trabajar con ellos para el bien público y la unidad y progreso de la Nación.

El resultado de la resolución de Porfirio de salirse del Seminario, abandonar sus estudios de teología y entrar al Instituto, se comprenderá mejor copiando sus propias y textuales palabras:

“El señor Domínguez se molestó mucho con mi determinación, y le dijo á mi madre que retiraría todos sus ofrecimientos de ayuda que antes me había hecho; que no tendría nada que hacer con el pasado;

que podía yo escoger la carrera que me pluguiera ; pero que si no era la de la Iglesia, que no me volvería á ver jamás. Pero la indignación del obispo no paró en ésto. Dijo que yo estaba perdido, que me había prostituído, y pidió que se le doolvieran los libros que me había prestado para mis estudios de teología.

“Mi madre estaba muy afligida, y me miraba con tristeza, como á un muchacho que estaba irremisiblemente perdido. Cuando ví que lloraba y sufría muchísimo á causa de la resolución que yo había tomado, le dije que había cambiado de parecer y que haría lo que ella ordenara. Ocultanto sus sentimientos tanto como pudo, y dándome una prueba de su abnegación, me indicó, que á causa del estado actual de nuestras circunstancias, me encontraría con graves dificultades si no seguía la carrera eclesiástica ; pues en tal caso, perdería la capellanía que me habían ofrecido y la beca que me iban á dar en el Seminario y en la categoría de San Bartolo, que eran de lo más deseado, todo lo cual sería una gran pérdida tanto para mí como para ella. Sin embargo, á pesar de todo esto, me animó á que siguiera la carrera que fuera más de mi agrado, y cuando finalmente, me decidí por el Instituto, mi madre se hizo cargo de comunicar al señor Domínguez mi resolución, pues yo tenía mucho temor de hacerlo.”

Este relato, hecho con tanta sencillez por el mismo don Porfirio, muestra claramente la actitud desinteresada de doña Petrona hacia los miembros de su familia, y su constante ansiedad en procurar el porvenir de sus hijos. Sin duda alguna fué motivo de gran decepción para ella. que su hijo mayor hubiera decidido no seguir la carrera que ella misma y su padrino y protector le habían escogido ; pero en medio de la amargura de su decepción, tuvo suficiente sabiduría para reconocer, que el porvenir del joven no podía asegurarse, sino permitiéndole seguir sus inclinaciones, que eran las indicaciones más claras de las aptitudes conque la naturaleza lo había dotado.



COSTUMBRES MEXICANAS.



En cuanto al canónigo Domínguez, cumplió su palabra y desde ese día dejó de ser el amigo y protector de Porfirio Díaz. Al separarse, cada cual siguió su propia senda hacia un destino más elevado. El joven, á quien él había declarado perdido y á quien acusaba de haberse prostituído, llegó á ser el héroe mexicano más grandes de sus días, el salvador de su país y el Presidente regenerador de una Nación, mientras que el canónigo, llegó á ser Arzobispo de Oaxaca y todo poderoso en los asuntos religiosos de su Estado. El hombre y el joven, de acuerdo con sus perspectivas de la vida, trabajaron con empeño y ambos llegaron á la meta, aprovechándose cada cual, de las enseñanzas que la misma vida les proporcionó.